

—Debe estar en su habitación.

—Bueno... voy allá.

El conde subió cuatro á cuatro los escalones; y llegó á la puerta de María Magdalena en el momento en que ésta salía.

—¿A dónde vais?—le preguntó bruscamente.

—A ver á la duquesa.

—¿Para qué?

—Para confesarle quién soy y lo que he hecho.

—Es inútil—dijo Pedro con tono imperioso.—Entrad—dijo mostrándole la puerta—tengo que hablaros.

XV

El primer juez

Margarita retrocedió, impresionada por lo que le parecía indignación en las maneras de aquel hombre, tan indulgente de ordinario.

Apenas entró en la habitación, Pedro de Meillant cerró la puerta y dijo:

—Apresuremos... el tiempo es precioso... ¿Qué íbais á decir á la señora de Maillepré?

—Lo que le escribi ayer en esta carta, que no ha leído.

Al decir esto, entregó al conde la carta que había dejado la víspera para la duquesa y que encontró á su regreso.

—¿Y qué más que esto?—preguntó Pedro.

—Que yo no soy María Magdalena...

—Sino Margarita Souvray, ¿no es eso?

—¿Lo sabíais?—exclamó la joven sorprendida.

—¿Qué más íbais á decirle?—continuó él sin responder á la pregunta de Margarita.

Que la verdadera María Magdalena, vuestra amiga, muerta en la guerra, está enterrada en el cementerio de una aldea del franco-condado, en Chapelle-aux-Ifs...

Margarita le miró con ojos extraviados y se dejó caer sobre una silla, cubriéndose el rostro.

—¡Cómo debéis despreciarme!—murmuró.

—¿Por esta mentira?

—Sí.

—La religión prohíbe el desprecio y ordena la caridad.

—¿Y es eso todo lo que íbais á revelar á la duquesa?—continuó Pedro.—No, no es eso solo. Íbais á decirle además que habéis hecho algo peor, que habéis cometido un crimen.

—¿Cómo? ¿Lo sabéis también?—dijo la joven temblando.

—Que habéis herido esta noche al prefecto del Cher, M. de Serigné, de una puñalada ó de un tiro...

—Con un puñal; no disponía de otra arma.

—¿De dónde la habéis tomado?

—De la habitación de M. Godet.

—¿Dónde la tenéis?

—Ha quedado clavada en la herida.

—¡Desgraciada! Eso ha sido venderos vos misma.

—No quiero salvarme—dijo Margarita bajando la cabeza.

—Bueno—dijo el conde, esquivando la discusión;—pero no acabo de comprender por qué habéis matado á ese hombre.

—¿Por qué?—gritó Margarita, abandonando su reserva y rehaciéndose.—¿Me lo preguntáis vos, que tantas cosas sabéis? Pues bien; voy á decíroslo. Yo vivía dichosa con mi hermana en un pueblo de la Turena. Mi padre era un antiguo militar, el coronel Souvray, cuyas heridas le obligaron á abandonar el servicio en el vigor de su edad. Poco aficionado á los negocios, depositó su fortuna en casa del padre de Roland Beroult.

—Lo sé—dijo el conde;—el hijo llegó y robó los títulos justificativos del depósito y os arruinó. ¿Es eso todo?

—Eso no es nada todavía. Se puede vivir sin dinero; pero no se puede vivir sin honor. Temeroso aquel miserable de que me quejase, quiso perderme y me infligió el ultraje más sangriento que se puede hacer á una mujer honrada.

Una noche—prosiguió después de una pausa—tuve que abandonar á mi hermana enferma. Vivíamos en la calle de Douai... os acordaréis, puesto que acudisteis á socorrerla... No había nada en casa... A mi no me faltaba resolución, y hubiera querido trabajar; pero la fatalidad se encarnizó contra nosotras, y busqué inutilmente ocupación por todas partes. Aquella noche había salido resuelta á todo—quiero decir toda la verdad:—á mendigar para poder cuidar á mi Luisa... Os encontré... Después proseguí mi camino, satisfecha por aquella casualidad

que venía en nuestra ayuda... No sé cómo fué, pero es lo cierto que pocos pasos después, extraviada, sin saber qué camino tomar para volver á mi casa, fuí detenida en medio de un gran tumulto de agentes de policía y de mujeres perdidas, y llevada con ellas á la prefectura de policía. ¡Qué noche tan horrible! No podía volver al lado de Luisa, y me veía confundida con la escoria y el fango de París, mezclada con las infelices degradadas por el vicio y tratada como ellas... Al siguiente día no sé quién me interrogó, leyéndome un proceso verbal, en el que se me formulaban cargos por el momento que hablé con vos y por los insultos que me habían dirigido algunos desocupados. Protesté inútilmente; supliqué que se me devolviera la libertad, diciendo que mi hermana se moriría, desesperada por mi ausencia. Se me llevó...

Vaciló la joven un instante; después dijo con rabia:

—A San Lázaro... ¿Comprendéis? Monsieur Beroult era entonces secretario del conde de Magny, y lo podía todo en la prefectura de policía... Pero esto no era nada aún. Estuve encerrada tres días en San Lázaro, sin ver más que á una religiosa que apenas me hablaba y á un hombre que todas las mañanas me presentaba un registro á la firma, diciendo que no sería libre hasta que lo firmase... «por orden superior». Al fin, desesperada, no sabiendo lo que era de Luisa, y presa de un afán vehemente de volver á su lado...

—¿Consentisteis?

—Sí, es verdad—dijo con voz débil, ocultando el rostro entre las manos.—Mi nombre, el nombre del coronel Souvray, está allí escrito de mi puño y letra. ¿Qué queríais que hiciese—prosiguió, animándose.—¿Podía dejar que mi infeliz hermana espirase sin abrazarla por última vez, sin cerrarle los ojos.

Apenas me ví libre, corrí á la calle de Douai: encontré vacía la casa. Os busqué por todas partes en vano.

Ya no tuve más que un pensamiento: morir, renunciar á una vida que no me reservaba ya más que la miseria y la vergüenza.

En esto estalló la guerra, y me alisté como enfermera.

Procuraba buscar los puntos más peligrosos con la esperanza de ser barrida, como tantas otras, por el huracán desencadenado sobre Francia. ¡Vana ilusión! La muerte me rechazaba.

Encontré una amiga, una joven casi tan desgraciada como yo, sin parientes, abandonada y entregada á sus propias fuerzas. Su aislamiento, la pena de su abandono habían hecho de ella otra desesperada como yo; esta comunidad en la desgracia nos unió. No conoceréis una joven más digna de ser amada, más noble, más pura y más generosa que ella. Y sin embargo, también ella quería morir. Un día brilló un rayo de felicidad para ella. Hallándonos en las cercanías de Ornans, cerca de Besanzón, María Magdalena recibió una carta que casi había

recorrido el mundo antes de llegar á sus manos; era de la señora de Maillepré.

Ved la carta de que hablo, que fué para ella algo así como la aurora de una felicidad desconocida.

Margarita sacó de un cajón la bolsa de tafilete que perteneció á su amiga y entregó á Pedro de Meillant la carta de la duquesa.

—Ya la veré luego, continuad...—dijo él.

—María Magdalena vió próximo el fin de su desgracia... y tenía razón. Si hubiese venido aquí, la hubiera adorado, porque lo merecía...

La joven se limpió las lágrimas que le hacía derramar el recuerdo de su compañera.

—Dios no lo quiso—prosiguió diciendo.

—Naufragó cuando entraba en el puerto. Dos ó tres días después de recibir aquella buena noticia... ¿para qué he de contaros tan triste escena?

—La conozco—dijo Pedro de Meillant.—Apresuraos.

—Algunos instantes antes de morir, Magdalena, asaltada por el presentimiento de su cercano fin, escribió una carta recomendándome á la duquesa. Aquí está con todo lo que me queda de ella.

—Ella fué—añadió—la que me hizo prometerle que recurriría á la protección de la duquesa cuando no tuviera otra que invocar.

Pedro de Meillant leyó la carta de la muerta con emoción mal disimulada.

—¿Por qué—dijo—no vinistéis antes?

—Luché algún tiempo entre la vida y la muerte: además me costaba trabajo pedir lo que no podía ser para mí más que una limosna. ¿Qué derechos podía invocar para la protección de la duquesa, por bondadosa que ella fuese? Esperaba, por otra parte, poder vivir con mi trabajo.

Había encontrado ocupación, y creí que mi perseguidor habría sido despojado del poder de que tan mal uso hacía, y que podría vivir en paz; pero me engañaba, porque era más poderoso que antes. Me hizo arrojar del establecimiento en donde trabajaba; me obligó á comparecer en su presencia y me propuso un arreglo... Había él conocido á una joven á quien no amaba, de naturaleza enclenque, hija de un conde que le había legado secretamente su fortuna, y de una gran señora. Esta heredera sería su mujer; yo sería su querida... ¿lo entendéis?... Y en caso de negarme, me aniquilaría empleando todos los recursos de su poder... Aquella misma noche huí, buscando aquí un refugio y temiendo no ser admitida... M. Godet me encontró sentada en el banco, desesperada y sin aliento... y sin atreverme á entrar. ¿Por qué me tomó por María Magdalena, con cuya recomendación venía á presentarme? No lo sé; el caso es que no me atreví á desengañarle. Esta fué mi falta... ¡Pero era tan desgraciada!

—No creais — siguió, haciendo un esfuerzo — que yo quise aprovecharme de esta involuntaria mentira. Hice algún tiempo que no tenía más que el deseo de arrojarle

á los pies de la duquesa y confesarle todo, cuando mi dulce tranquilidad fué turbada de nuevo...

—¿Por la llegada de Roland Beroult?

—Efectivamente. Esto fué para mí como un rayo. No sólo veía comprometida mi tranquilidad, sino la de los que me rodeaban y á los cuales amaba. La heredera, con la que había echado sus cuentas... era Blanca Carol. Como él me había confiado sus secretos, ella me confió también los suyos, y pronto supe cuanto había pasado entre ellos. No había más que un medio de impedir el matrimonio: sacrificándome yo... El prefecto me propuso de nuevo las condiciones ya dichas, exigiendo una entrevista conmigo en la prefectura, con lo cual él me permitiría casarme con Roger de Lignerés, á quien sabía que yo amaba...

—¿Le amabais, decís?

—Tal vez.

—¿Y ahora?

—Todo ha concluído.

—¿Por qué?

—Yo no había prometido nada al principio á M. de Lignerés; pero vencida por sus súplicas, ayer le dije: «Si durante un mes no dudáis de mí, cualesquiera que sean las apariencias que puedan condenarme, seré vuestra mujer.» Esta noche, cuando volví al palacio, extenuada de fatiga, loca, M. de Lignerés me esperaba... No sé quien me había vendido. ¡Ay! Su confianza se había extinguido, ¡su entusiasmo había muerto! Sucedió lo que debía suceder... M. de Lignerés

me ha considerado indigna... Ha supuesto que venía de casa de mi amante... Entre nosotros todo ha concluido.

—¿De veras?

—De veras.

—Eso decís ahora; pero después os atormentarán amargos pesares...

—Jamás—dijo Margarita.—Yo sabía qué clase de acusaciones podían levantarse un día contra mí, y por la fatalidad de mi situación no puedo probar mi inocencia. Despojada de mi fortuna, soy impotente contra el que me la ha robado; despojada de mi honor, nada puedo hacer por defenderlo. Estoy perdida... por eso me ha costado tan poco mi sacrificio. Blanca sufrirá quizás algún tiempo; pero al fin se abrirán sus ojos y yo habré librado á mi bienhechora de la pesadilla de haber entregado á ese bandido una niña á la que adora tan tiernamente. Así—dijo sonriendo tristemente—habré pagado la deuda que con ella tengo. Ahora, que hagan lo que quieran conmigo... No tengo más que decirlos... ¡Ah, sí! Sólo una cosa.

—¡Tomad!—dijo entregándole el escrito del prefecto.—He aquí lo que él quería y lo que yo he rehusado: «Eterno amor.» ¡Qué irrisión! Su firma está en ese infame papel... no se encontrará la mía... Ya lo he dicho todo... Vos también me abandonaréis quizá, porque no me creéis... no podéis creerme.

El conde le cogió la mano, y le dijo:

—¡No lo penséis! Yo os defenderé con todas mis fuerzas, Margarita... Tened confianza.

Iba á dejar escapar su secreto; pero se detuvo bruscamente.

—Promettedme tan solo—dijo recobrando su tranquilidad habitual—dejadme hacer cuanto yo quiera en vuestro favor, no consultar á nadie más que á mí y seguir los consejos que os dé. Tengo que defender al mismo tiempo el honor de la casa de Maillepré y vuestra vida... ¿Me lo prometéis?

—Sí.

—Vendrán á prenderos.

—Ciertamente.

—Os pondrán incomunicada, os interrogarán con parcialidad, seguramente... No neguéis nada. Decid sencillamente la verdad en pocas palabras.

—No me harán caso.

—¿Qué importa? Tened paciencia y valor.

—Sí.

—No desesperéis.

—¡Ay!

—Al contrario, esperad.

—¿Puedo yo esperar algo por ventura?

—¿No sois inocente? Sobre todo, no os dejéis abatir... no cedais ante ninguna amenaza... tened el valor de vuestra virtud. Os lo pido por el honor de esta casa... ¡por el honor de Maillepré!

La joven no tuvo tiempo para responder.

Acababa de abrirse la puerta y de aparecer la duquesa.

—¡Ah! ¿tú aquí?—exclamó al ver al conde.—¿Y qué haces?

—Confieso á una culpable, á una gran...

—¿Qué dices?